



El Jurado de este Premio estuvo compuesto por Lourdes Ortega Puche, presidenta; Concha López Díaz, Anastasio Paredero Rodríguez, Pura Azorín Zafrilla, y Martín Martí Hernández, secretario.

© José Carlos Díaz  
© I. E. S. "José Luis Castillo-Puche"

Ilustración de la portada:  
© Albert Henrich, Retrato del pintor A. M. Tränkler  
(procedencia: Museo Thyssen-Bornemisza, Madrid).

Edita: I. E. S. "José Luis Castillo-Puche"  
Diseño colección: Victoria Carpena  
Imprime: Yeclagrífic, s. l.  
I.S.B.N: 978-84-945047-1-6  
Dep. Legal: MU-37-2017

# Vísperas de nada

José Carlos Díaz



*A mi mujer y mi hijo.*

*Las cicatrices son sitios por donde el alma  
ha intentado marcharse y ha sido obligada a volver,  
ha sido encerrada, cosida dentro.*

JOHN MAXWELL COETZE  
La edad de hierro



## I

Nada conocía sobre A. M. Tränkler, salvo que había sido pintor. Eso y que un lejano día de 1926 Albert Henrich lo había retratado al óleo en un cuadro frente al que no solían detenerse los visitantes del Thyssen y que, colgado en la sala dedicada a los expresionistas, ofrecía una imagen que muy posiblemente fuera fiel al hombre en el que se inspiró.

Nada sabía de A. M. Tränkler y a nada ni a nadie en especial le recordaba aquel tipo enjuto, cetrino y de hombros estrechos, con la mirada tan concentrada como perdida, la boca apretada de silencios y las uñas sucias de pintura. Pero pese a ignorarlo casi todo sobre él, buscaba a menudo la compañía de ese hombre pintado en un lienzo oscuro. Le ofrecía un consuelo no muy distinto al que se alcanza frente a ciertos paisajes cuando el ánimo desfallece. Una compañía discreta que frenaba su derrumbe.

También lo observó de nuevo esa tarde de un otoño reciente, mientras sabía a Alina yéndose camino de la facultad de Bellas Artes y a él le quemaba en el bolsillo una carta conminatoria del casero. Tränkler le pareció siempre un tipo digno en un mal trance. Un elegante intelectual de principios del siglo veinte que camuflaba su corazón tras el humo de un cigarrillo. En esa lectura forzosamente metafórica del retratado había, sin duda, una justificación íntima para apurar, con escaso

remordimiento, otro trago aun allí mismo, en una esquina de la primera planta del Palacio de Villahermosa, posiblemente espiado por alguna cámara de seguridad, grabado en unas imágenes que un guarda revisaría esbozando una sonrisa sarcástica al ver cómo un hombre de avanzada edad, con pelo cano y no mal porte, se llevaba a los labios una petaca de plata con cierta avidez clandestina frente a un cuadro sombrío.

## II

El verano había resultado muy largo. Un bochorno interminable, espeso y sin escapatoria, ante el que nada podían los balcones abiertos de par en par a la escasa brisa que aleteaba torpemente por las sombras como un pájaro herido. El sol lució tan alto en esas fechas estivales que se colaba incluso hasta las aceras de la angosta Ventura de la Vega. Héctor y Alina vivían en una vieja casa de alquiler de esa calle. Sobre el bullicio de la terraza de un restaurante indio. Por las ventanas les entraba siempre un aroma intenso de especias y un rumor de conversaciones que se animaban con el paso de las horas. Cuando más insoportable se hacía el calor, él se encerraba en su estudio. Ella, en cambio, se iba a leer a las sombras del Retiro o a sentarse en la plaza de Santa Ana, donde solía tomar una cerveza al final de la tarde con Eusebio, buen amigo de ambos. En todos lados se hacía agobiante el calor. Aquella temperatura insana bien podía convertirse en el caldo de cultivo de cualquier ira aletargada. La ciudad tenía a algunas horas un aspecto fantasmal, como si una amenaza incierta mantuviera refugiados a todos sus habitantes. En la reclusión de la sombra, el roce involuntario de las pieles generaba descargas eléctricas.

### III

Héctor ya no vendía. Alguien ajeno al mundo del arte podría interpretar ese desafecto hacia un pintor que años atrás había gozado de un éxito relevante, como uno más de los caprichos del frívolo universo pictórico, que acoge por igual a genios y a farsantes, a mercaderes sin escrúpulos y a críticos resentidos, a galeristas petimetres y a coleccionistas maleables. Eusebio, quizás su único amigo leal, sabía, sin embargo, que el propio artista tenía no poca responsabilidad en su declive.

A Héctor Bueres le sonrió muy pronto la fortuna como pintor. Con poco más de veinte años y recién finalizados sus estudios de Bellas Artes, se le ofreció la posibilidad de exponer. De modo inesperado se ganó el favor de la crítica. Su obra era ciertamente original. Pero no siempre lo nuevo cuaja. No debe desdeñarse la decisiva importancia que en toda acogida posee la correcta definición de lo recién llegado, su acotación, su explicación, su taxonomía. Ahí fue posiblemente donde tuvo de su parte una no desdeñable conjunción de circunstancias favorables. Decisivo fue, sin duda, que en el ABC, De Lucas definiera aquel conjunto de lienzos inaugurales, pero con un estilo ya propio, como expresionismo geométrico. La innovadora etiqueta despertó atenciones diversas, pero sobre todo le permitió convencer y vender. La muestra de su presentación pública estaba compuesta por pequeñas formas pintadas con la

meticulosidad de un orfebre obsesivo y que iban alineándose en estructuras que guardaban, en la distancia, la apariencia de mecanos o constelaciones. Era como pintar minúsculas teselas sueltas con motivos propios de Edgard Munch y luego trazar con ellas geometrías que recordaban en sus versiones más lineales a Victor Vasarely o, en las más poéticas, a Paul Klee. Aunque siempre hubo en aquel aparente informalismo, latiendo con la imprecisión de todo lo febril, un escondido pero irrenunciable apego a lo reconocible. El señuelo de la muy novedosa contemporaneidad de sus cuadros le granjeó la simpatía de la crítica y la deferencia del coleccionismo inversor e institucional.

No sería fácil precisar cuándo se quebró la complicidad entre Bueres y el mundo artístico, pero se hizo evidente que, a medida que en sus lienzos iba ganando espacio lo figurativo, afloraba lo latente, se desvelaba lo real, iba perdiendo al tiempo la fidelidad de los medios, de los galeristas y la de los clientes. Casi cuarenta años después de aquella primera exposición que lo consagrara como una de las más esperanzadoras promesas pictóricas del país, Héctor Bueres se había decantado finalmente por un irrenunciable empeño realista. Así que, alejado de modas y sin amparo en los últimos tiempos de marchante alguno, sus lienzos se habían ido convirtiendo en trabajos anacronismos en los que ya tan sólo se alentaban algunos posos del expresionismo con que inicialmente había desfigurado el tratamiento de lo circundante. Ahora perseguía, sobre todo, una fidelidad fotográfica, ligeramente impostada, de los motivos elegidos para sus lienzos. Y toda su obra, compuesta mayormente por desnudos clásicos, bodegones actualizados, interiores de estancias desoladas o esporádicos y reducidos encuadres paisajísticos, estaba mediatizada por la obsesión

de un claroscuro más introspectivo que tenebrista. El joven expresionista geométrico que tan pronto había colgado sus cuadros en despachos enmoquetados, sedes bancarias y salones de avispados compradores particulares, se había convertido en un pintor figurativo, sombrío y a contracorriente, que apilaba en su estudio la obra que iba concluyendo y a la que no lograba ya darle casi salida.

## IV

Frente al retrato A. M. Tränkler y después de apurar dos buenos tragos de ron se notó tomado por una melancolía dolorosa. Una sensación de rastro abrasivo que le recorría los adentros esófago abajo. El silencio del museo, su agradable ambiente, ni frío ni caluroso, con la humedad precisa, no sólo protegía las pinturas, sino que generaba también un estado de ánimo intuitivo. El propicio para percatarse de todo cuanto se había ido dejando por el camino, de sus desgarros, de sus pérdidas. La del pulso adecuado para equilibrar genio y mercado, que lo había precipitado a una tozuda persecución de un estilo pictórico que resultaba demasiado realista, lúgubre y de factura tan meticulosa como lenta. La de la confianza en si mismo, en su talento y sus fuerzas, que sólo recuperaba cuando echaba mano del alcohol. La de su propia vida, que se le iba irremediamente y lo estaba convirtiendo en un viejo. Y, sobre todas las demás pérdidas, la de Alina, la que más le importaba, la única pérdida por la que estaba dispuesto a combatir, si era necesario, a brazo partido, pese a que la intuía tan inexorable como el resto, incluso consecuencia misma de todas las demás pérdidas.

Durante el verano —aquel verano de fuego—, se había ido precipitando todo. Todo había ardido con la celeridad de una combustión alimentada por un líquido inflamable. Todo

había alcanzado la temperatura insoportable del bochorno madrileño.

Al final del verano, se había acabado el dinero. Así de simple. Así de trágico. Por mucho que Eusebio lo intentaba, la media docena de cuadros de Héctor Bueres que una y otra vez ofrecía a clientes y amigos seguían colgando de los archivadores verticales instalados en los sótanos de su galería. Dos paisajes y un bodegón tan oscuros como si el propio pintor le hubiera echado las persianas al color. Y tres desnudos que tenían la perfección obsesiva de quien está dotado de una maestría sobresaliente para el dibujo y en los que refulgía la carne blanca de Alina, elegantemente ingrávida, emergiendo del fondo negro como un nenúfar de luz que flotase en aguas estancadas.

La había conocido prácticamente así, desnuda. Necesitaba por entonces una modelo que posara para él. Acudió a Conrado Sombix, un pintor mallorquín de no demasiado talento, profesor de Bellas Artes y, que como él —aunque con mayor éxito—, vendía su obra en la galería de Eusebio. Sabía que daba el visto bueno a las modelos que trabajaban para la escuela. Se citaron en la propia aula de dibujo. Conrado lo recibió vestido con bata blanca. No eran amigos. Los separaban demasiados años y una visión del oficio muy diferente. Se trataban sólo muy de vez en cuando. Desde la puerta, y tras estrecharle la mano, su anfitrión le orientó hacia Alina con un gesto de cabeza. Estaba recostada sobre una raída cheslong. Llevaba sólo por encima una chalina clara que le ocultaba el vientre. Aun tendida, parecía alta. Tenía la piel pálida, el cabello corto y un perfil que se curvaba más por el escorzo que por la voluntad, desinteresada, de las caderas.

—Es rumana. Se llama Alina. Creo que hizo estudios de periodismo en su país. Sólo lleva en España unos cuantos meses, pero no tiene mal castellano. Ponía copas en un garito de Lavapiés hasta que alguien le habló de los posados. Aguanta bien las sesiones y es una chica guapa. Si crees que te puede servir, le daré tu teléfono al final de la clase.

Un par de semanas después posaba para él. Dos meses más tarde vivían juntos. Y al año, estaban casados. No había vuelto a desnudarse desde entonces para ningún aprendiz de artista. A veces bromeaba con el asunto. Decía que Héctor la había retirado del oficio. Ahora, casi cuatro años después, había llamado a Conrado pidiéndole de nuevo trabajo. Necesitaba volver a posar. No tenían dinero. El casero les había amenazado con ponerlos en la calle. Necesitaba trabajar de nuevo. Y no sólo para pagar deudas. Cada día veía más incierto su futuro junto a Héctor Bueres. Se había ido volviendo tan sombrío como todo lo que pintaba. Bebía. No estaba resultando una convivencia fácil. Debía buscarse una ocupación. No podía seguir dependiendo económicamente de un hombre con el que no sabía qué futuro la aguardaba y que se estaba demostrando incapaz de mantener por sí solo el hogar que compartían. Muy probablemente, Eusebio les podría prestar algo de dinero. Quizás hasta lo suficiente para saldar, de momento, el alquiler y seguir tirando unas semanas más. Pero sólo sería una solución temporal. A Héctor no le gustaba que Alina volviese a posar, pero cuando ella le comunicó la decisión no tuvo arrestos para afrontarlo de otra manera que encerrándose en su estudio. A pintar y a beber.

## V

Cuando Alina se fue camino de Bellas Artes, a retomar de nuevo la ocupación que dejara años atrás y de la que se había creído ya definitivamente retirada, Héctor Bueres buscó, otra vez más, consuelo en la compañía de A. M. Tränkler, al lado del retrato de un pintor tan desconocido como sin duda lo sería él mismo en el futuro, como temía que quizás ya lo estaba siendo; junto a un tipo, que pese a todo, mantenía, al menos en el lienzo, una dignidad tan escueta como suficiente, tan oscura como decidida, la que le otorgaba una mirada franca, un terno planchado, una camisa con cuellos y puños limpios, un cabello atusado y ese pitillo cómplice que, al igual que su rebosante petaca de plata, siempre ofrecía una compañía consoladora en los ratos más crudos del estar a solas.

La sesión fue de cuatro horas. Pese a la falta de costumbre, la aguantó bien. Mantenía, como antaño, la capacidad de ausentarse de sí misma dejándose el caparazón sobre la tarima, como si se tratase de una más de las prendas de las que se desprendía. Mantenía la capacidad de verse desde arriba, en la distancia, como si no fuera ella misma. De observarse en medio de toda la pequeña turba de caballetes, paletas, pinceles, lápices y alumnos. De confirmar, como le había parecido años atrás, como ahora también lo volvía a creer, que Conrado Sómbox

permanecía durante su posado más atento al original que a las reproducciones de los alumnos. De recordar también cómo había conocido a Héctor, recibéndola a la puerta de su estudio con una amabilidad casi antigua. Alto. Con un cabello espeso y blanco. Con una voz grave. Distinguido. Considerado. Preguntándole a cada instante si estaba cómoda, si quería descansar, si deseaba tomar alguna cosa. Existía, sí, entre ambos una considerable diferencia de edad, pero compartían un mismo recelo respecto de casi todo. Quizás fuera esa desconfianza la que los unió pronto, la que los complementó enseguida. Esa sutil cautela de gatos esquivos era en Alina una imperceptible alerta, una tensión casi innata de supervivencia. Quizás se debiera a la lejanía de su país. O tal vez a lo que la alejó de él. Los narradores nos resignamos no pocas veces a que algunos personajes mantengan oscuros pasados que no alcanzamos a desvelar porque quizás, en el fondo, sólo los intuimos. En Héctor, sin embargo, el miedo era distinto, no tenía razones misteriosas como el de ella. Venía provocado más bien por lo que aún estaba por llegar. La vejez próxima, la empecinada voluntad de un estilo que no sólo iba contra corriente, sino en el que se adentraba al inicio de todas sus obras con una voluntad laboriosa de descubrimiento nunca satisfecho. Era un hombre cada vez más atormentado por el futuro. Y si bien Alina había ido superando su viejo amargor, a Héctor lo ganaba en los últimos tiempos una incertidumbre más, la de la convivencia con una mujer a la que adoraba, pero que no estaba seguro de que pudiera mantener a su lado. Ese añadido le había ido acrecentando los miedos. Se le agarraban a las vísceras y lo sumían en una suerte de abandono a lo irremediable. A Alina esa rendición empezaba a agotarla.

## VI

Cuando sonó el teléfono Eusebio estaba a punto de cerrar la galería. Oyó la voz de Héctor. Una voz varonil que, sin embargo, y como sucedía a menudo en los últimos meses, le pareció de nuevo menoscabada por las modulaciones caprichosas de una ingesta excesiva de alcohol.

—Tenemos que hablar, Eusebio. Necesito que me ayudes. Nos quieren echar del piso.

—¿Cómo? —acertó a preguntar el galerista no alcanzando a comprender cuál era el motivo del desalojo.

—¡Que no pagamos, carajo! ¡Que no nos queda dinero! Alina ha vuelto a posar y yo necesito vender un par de cuadros al precio que sea.

—Tranquilízate. ¿Dónde estás?

—Frente al Botánico.

—Estoy echando el cierre. Si te parece voy a tu encuentro y nos tomamos una cerveza.

—He quedado con Alina en Santa Ana. Nos vemos allí dentro de quince minutos.

Alina ya esperaba cerca de la estatua de Lorca. Eusebio la besó en ambas mejillas. Se sentaron en un café.

—Me ha dicho Héctor que estás posando de nuevo.

—Hoy ha sido mi primer día. Me puse en contacto con Conrado Sombix y me consiguió trabajo.

—¿Ha sido duro?

—Últimamente se hace mucho más duro el día a día.

Le hicieron señas al verlo pasar frente al ventanal. Cuando se sentó junto a ellos miró con cierta avidez a su mujer. Como buscándole las secuelas del desnudo que la había tenido a merced de ojos desconocidos. Las marcas de esa exposición que ahora tanto le dolía. Ella conocía bien esa mirada. Albergaba celo y espanto. También miedo. Eusebio los quería mucho. A los dos. Le mantenía una lealtad resignada a Héctor, porque a pesar de su temperamento cambiante, de su terca trayectoria pictórica última, era un tipo íntegro, una rara avis en el mundillo artístico, hasta el punto de que en los buenos tiempos, y a pesar de los cantos de sirena que tantos galeristas importantes le entonaran al oído, nunca lo había traicionado, siempre lo había tenido en exclusiva como su único galerista. Y quería también de modo entrañable a Alina. Cuando la conoció daba el aspecto de un animal abandonado, asustado, receloso. Y por entonces aún se le escapaban muchos matices del idioma, algunas de sus significaciones aleatorias, ciertas entonaciones, no pocas ironías. Pero era lista. Aprendía deprisa. Ganó confianza pronto. Estaba convencido, además, de que amó mucho a Héctor. De que quizás aún lo amaba o al menos de que todavía le mantenía el apego fiel de los perros recogidos. Eusebio vivía desde hacía ya varios años en Malasaña con un visitador médico, un hombre encantador que andaba casi siempre de viaje. Cuando estaban juntos, se les notaba a gusto. Les iba bien a ambos en sus profesiones. Por eso, porque podía y porque los quería, no dudó ni por un momento en ofrecerles ayuda, sin que por ello desaprovechase la ocasión que se le presentaba para intentar

convencer a Héctor, otra vez —y eran ya muchas—, de que emprendiera nuevos caminos en su pintura. De que probase nuevas técnicas, nuevos motivos.

—¿Comerciales?

—Nuevos, Héctor. Y distintos. La crítica y el público sentenciarán luego sobre su comercialidad. Llevas demasiado tiempo empeñado en convertir cada lienzo en una obra maestra. Ofuscado, además, en una pintura lóbrega y abigarrada hasta la exasperación. Y lenta, demasiado lenta. No sé si sabes, querido, aquello que Delacroix aconsejaba a los pintores: que hay que corregir mucho, pero que no hay que corregir demasiado. Díselo tú, Alina. Quizás a ti te haga caso. Dile a este testarudo que el estilo no es un callejón sin salida, que no es una casa sin ventanas a la que le cerramos la puerta de llave desde dentro.

Luego se dirigió a él casi implorándole.

—Te estás matando a principios, Héctor. Dale una oportunidad a la mala conciencia, joder, y sálvate la vida y de paso alégrasela a esta muñeca.

—Pareces un puñetero tendero. Si no te conociera bien creería que manejas la galería como unos ultramarinos. Que estás más preocupado por vender que por lo que vendes.

—Te equivocas. Soy un modesto galerista al que no le importa prestarle dinero a su mejor amigo, pero al que le duele verle humillado pidiéndoselo.

Héctor miró hacia la calle a través de los cristales. Era ya casi de noche. Reparó en un muchacho que en esos momentos cambiaba de acera. Pensó en él como un ángel aparecido que dejaba al paso una estela de silencio, de vacío incómodo. Alina

le puso una mano sobre el antebrazo. Luego, mirando a su marido y hablándole al amigo, dijo con una firmeza compasiva:

—Héctor es un buen pintor. Tal vez algún día esos cuadros que ahora no vende, valgan una fortuna.

—Quizás tengas razón, querida—replicó Eusebio—, pero a veces ni el arte merece la pena. La vida es demasiado corta.

## VII

Después de la cena, Alina se asomó a fumar al balcón. Subía desde la calle un punzante olor a curri, un rumor aún sosegado de conversaciones. Sintió algo de frío. Desde dentro Héctor la vio encogerse. Salió a echarle una chaqueta sobre los hombros. La besó en la mejilla. Se quedaron juntos. En la esquina con Prado una mujer hablaba casi a voces a través de su móvil. En la distancia gesticulaba como si fuera una actriz en el ensayo de un monólogo dramático. En una de las ventanas de la fachada trasera del hotel Prado vieron abrazarse febrilmente a una pareja. Abajo, un foxterrier alzaba la pata junto a la persiana metálica de la joyería situada enfrente. El dueño esperaba sin prisa. Desde algún piso cercano llegaba el sonido de la televisión. Parecía el diálogo de una comedia de enredo. Se oían intermitentemente risas enlatadas. Un grifo de carcajadas forzadas que se abría y se cerraba, que echaba sumidero abajo una alegría espuria.

Un rato más tarde, cuando se retiraron ya de noche a su habitación, Héctor atrajo hacia sí a Alina después de apagar las luces. Creía que en la oscuridad le sería más fácil a ella amar a un viejo. Por eso ocultaba los estragos de los años en la complicidad de las sombras, confiando en que el deseo sobreviviera ciego gracias al engaño de los recuerdos. Esa intención era la que guiaba últimamente su mano hasta el interruptor de la

luz. Pero Alina interpretaba más bien que en aquel gesto había un miedo íntimo, propio. El de un hombre espantado por las manchas de su piel, por los estigmas lunares que una mañana cualquiera toman posiciones sobre el dorso de las manos y, poco a poco, se extienden por todo el cuerpo como un sarpullido incurable de senectud.

Lo rechazó sin casi aspereza, sin palabra alguna. Apenas un par de gestos. El movimiento disuasorio de un cuerpo que se escorza hasta la arista. En el escaso espacio con que se distanciaron en ese instante las pieles, pareció abrirse una trinchera profunda, oscura y fría. En otras ocasiones parecidas, un resto de piedad había sido suficiente para imponerse al hastío. Porque no era ya ni tan siquiera en los posos de lo que fuera amor donde ella buscaba las fuerzas suficientes para yacer con Héctor. Esos sedimentos se le habían convertido en una turbia mezcla de afectos menguados y de memoria melancólica. Era de las vísperas de la nada, de la conmiseración hacia lo que se supo esplendor y amenazaba ruina de donde arrancaba las briznas de un deseo triste con el que besar alguna noche los labios de su marido, con el que dejarse tomar por sus músculos desfallecidos, por el aliento ácido de las muchas copas y el resignado abandono.

## VIII

En los días siguientes se detuvo, al menos de momento, aquel desmoronamiento por el que los había precipitado el bochorno infernal de la canícula hasta bien entrado el otoño, justo hasta cuando se les anunció, como una primera estación del particular vía crucis por el que transitaban, la amenaza de desahucio. Eusebio les adelantó una generosa suma de dinero con la que pagaron lo que adeudaban. Para el pasar diario, Alina iba ganando lo suficiente gracias a los posados que Sómbix le había conseguido en la facultad, en una academia de dibujo y en el propio Círculo de Bellas Artes. Mantenía hacia él una compleja mezcla de sentimientos. La ayudó siempre que lo necesitó. Pero parecía existir a menudo detrás de su generosidad una razón oculta, vergonzante. Podía mirarla fijamente desde la distancia en el taller de la facultad, mientras posaba, pero era incapaz de mantenerle la mirada por mucho tiempo cuando hablaban solos después de acabada la clase. Y no era por timidez. Conrado no era un hombre apocado. Se fajaba con soltura en todos los ambientes, no le iban mal las cosas y parecía empeñado en caerle bien al mundo y vivir sus días en él lo más confortablemente posible. Que no le aguantase la mirada, creía Alina que tenía que ver con que la deseara, con que, probablemente, fantasease con ella en alguna ocasión sin ningún recato. De esa certeza le incomodaba sobre todo

el furtivismo. Conrado era apuesto, se cuidaba, tenía fama de picaflor. Probablemente, a Alina le hubiera hasta divertido un cortejo juguetón; pero, en cambio, la tenía alerta aquel rijo algo turbio que le suponía. Cierta celo que le refulgía hipnóticamente en las pupilas.

Al final de uno de sus posados en la facultad, cuando se vestía en un pequeño cuartito que utilizaban los modelos y el personal de la limpieza, la puerta se abrió sin que nadie pidiera permiso previo para franquearla. Sombix la cerró tras de sí y se le echó encima con una decisión atolondrada pero firme. Mientras la tuvo y la besó y entró en ella, no dejó ni un instante de mirarla, de buscarle por fin los ojos en la proximidad. Quizás fuera esa insistencia por volver de una vez por todas transparente su deseo, por descubrirle abiertamente las ganas de poseerla, lo que finalmente desarmó a Alina. Quizás también la pudo una urgencia propia, íntima, desconocida o sólo inconscientemente rechazada, una prisa que la volvió sumisa, que le dio placer, pero que la humilló también al sentirlo.

Se vistieron en silencio. Conrado tan sólo preguntó si quería que la acercara al centro. Ella dijo que prefería coger el metro. Al mirarse en el espejo del baño, descubrió una rojez casi cárdena en el cuello. Se echó un foulard por encima. Sintió entonces un desasosiego plenamente físico cuya localización podía señalar sin titubeo alguno: le ahuecaba el pecho, tal y como si por debajo de la piel tuviera su organismo la consistencia misma de un tambor, de una porción de aire percutido, de una conciencia ingravida y latente.

## IX

Cuando sonó el teléfono era media tarde. Héctor dejó de mala gana los pinceles. Trastabilló al levantarse. Tenía una botella mediada junto al caballete. Llamaba Eusebio. Quería verlo en la galería. Era importante.

Después de colgar, trató de imaginar lo que podría urgirle a su amigo. Siempre que salía de su estudio después de haber estado allí encerrado pintando y bebiendo durante horas, tardaba en acostumbrarse a la luz. Regresaba al mundo como noqueado desde su ensimismamiento de artista. Tal vez por eso no preguntó el porqué de las prisas. En tales momentos, era poco más que un autómatas sin capacidad de respuesta. Miró el cielo desde el balcón. El día andaba triste, empeñado en oscurecerse antes de tiempo. Se espabiló lavándose la cara con agua fría. Le dejó una nota a Alina sobre la mesa de la cocina. Se puso encima una americana y se fue caminando al encuentro con su amigo.

—Ayer intenté venderle uno de tus cuadros a un intermediario. Un tipo al que le encargan adquisiciones un par de bancos y algunos coleccionistas solventes. No le interesó lo que le ofrecía, pero me aseguró, en cambio, que pujaría generosamente por cualquiera de tus primeras obras, las de la época del expresionismo geométrico. Se me ocurrió entonces

comentarle que tenía casi la certeza de que aún guardabas de aquellos tiempos tres o cuatro lienzos en tu estudio. Y que, dado que no atravesabas por una buena situación económica, no sería descabellado plantearte una oferta de compra por ellos.

—Pero de qué coño hablas. Yo no conservo ningún cuadro de entonces.

—¿Y quién lo sabe salvo tú?

—No sé lo que pretendes.

—Héctor —le clavó la mirada y casi deletreó las palabras que pronunció a continuación—, si vendieras hoy tan sólo tres o cuatro cuadros de tus inicios muy probablemente podrías olvidarte de cualquier apuro durante unos cuantos años.

—Sí, pero no tengo esos cuadros.

—Podrías tenerlos.

—¿Cómo?

—Pintándolos.

La risa de Héctor fue un sarcasmo indignado. Miró después fijamente a su amigo y repitió la risa. Se frotó los ojos como si despertara de un mal sueño. Por debajo de las palmas de las manos mantenía la mueca, los forzados rasgos de toda máscara de comedia. La idea en resumen, pensó de manera sintética y rápida, era pintar imitándose. Imitando más bien al que fuera. Al pintor primerizo que había deslumbrado a la crítica especializada con un cóctel adecuadamente mixturado de estilos ajenos y en boga. Fechar el fraude treinta años atrás y sentarse a esperar. El dinero llegaría como caído del cielo. Precipitado perezosamente de la nada como un otoño repentino de hojas doradas. Siempre se había planteado la pintura como una búsqueda incansable de la verdad. La única manera

que conocía de acercarse a lo que en realidad era por dentro. Así y de ninguna otra manera debía comportarse un creador. Pintar, escribir, filmar, suponía darle la vuelta a los bolsillos del alma, airearlos, limpiarlos de las miasmas del tiempo y el descuido. Qué clase de hombre sería si pintase un encargo de ese calibre. El encargo de un fingimiento. Un encargo de lo que había sido en un tiempo ya lejano, apenas un esbozo de artista y de persona, un joven arrogante que sólo pretendía forjarse pronto y a cualquier precio un nombre en el mundo del arte.

—¿Cómo puedes pedirme algo así? —le recriminó a Eusebio.

—Yo no te pido nada. Intento ayudarte nada más. Estás con la soga al cuello. Pensé tan sólo que la que te ofrezco podría ser una solución.

Esas últimas palabras le llegaron a Héctor ya por la espalda, confundidas con el timbre que avisaba de que alguien entraba o salía de la galería. Buscó un bar. Bebió. Se le hizo de noche. Y entre trago y trago intentó desesperadamente poner en orden sus pensamientos. Darles continuidad. Lógica. Encontrar en ellos una respuesta, una puñetera y urgente solución a su vida. Pero resultó inútil. Era como levantar una y otra vez una torre de naipes frente a una ventana abierta a inmisericordes corrientes de aire. Todo terminaba volando con la misma cadencia con que la mano acercaba una nueva copa a los labios: ansiosa e inexorablemente.

Llegó a casa muy entrada la noche. Alina estaba recostada en el sofá. Miraba la televisión, pero había silenciado el volumen. Permanecía en penumbra, con la sola luz que llegaba de la pantalla. Una intermitencia que la teñía de colores, que

la volvía un poco irreal. La saludó desde el pasillo y se fue al baño. Estuvo un rato bajo la ducha. Con la espalda pegada a los azulejos. Con los ojos más que cerrados, constreñidos. Sintiendo cómo se aflojaba bajo el agua caliente su desfallecida musculatura de borracho y de viejo. Susurrando una oración monocorde, monoteísta, desesperada. Una danza de sílabas que era como la de un derviche en trance. Susurrando una y otra vez el nombre de A-li-na.

## X

No pocas veces el miedo o la desolación nos dejan a merced de la inercia. Tan poca cosa nos sentimos en tales trances que hasta renunciamos a la propia voluntad. Como si en ella advirtiéramos el palpito original de un tumor que estuviera arruinándonos la vida. Dejarse ir entonces es, sobre todo, disculparnos, absolvernos de decisiones, amputarnos, por cobardía, la capacidad del error. Traspasar, de algún inconsciente modo, la responsabilidad de nuestras vidas a una imprecisa combinación de azar y desidia. Abandonarse al viento que sopla en ese instante o al agua que fluye y nos transporta como una hoja de árbol arrancada por un golpe de viento.

No le resultaba extraña esa sensación a Alina porque no era la primera vez que se sentía desbordada por sacudidas contrapuestas y paralizantes. Que algo la partía por el medio de tal modo que quedaba a la espera de un milagro que la recompusiera, de que los días cicatrizaran esa fisura. Sentía hacia Héctor una piedad casi visceral. Nunca había conocido a nadie tan íntegro. A nadie cuyas palabras, como las de él, carecieran de envés. Le tenía un afecto que era distinto al amor, más inquebrantable. Pero a la vez, la martirizaba que aquello que admiraba en su marido se fuera volviendo poco a poco más intangible, que se hubiera ido convirtiendo en una especie de alma sigilosa, incorruptible y agazapada en los adentros,

inaprensible y lejanísima bajo la ruina creciente del abandono con que se había rendido a la crudeza de la vejez y a la erosión de las copas, el insomnio y los fracasos.

De la nueva vida paralela que había aceptado Alina con remordimiento pero sin rebeldía, de la que prolongaba sus ausencias más tiempo del que la ocupaba su trabajo, mortificándola en los silencios y colmándola de goce por los fugaces momentos en que un relámpago electrizaba sus vértebras, de esa existencia encubierta pensaba a veces que Héctor era muy culpable, casi tanto como ella y mucho más que Sómbix. Pero al tiempo creía también, cuando cruzaba el umbral de su casa por las noches con un sabor agridulce en la garganta, que esa vida simplemente era traición.

Mientras estaba a solas con Conrado, apenas se hablaban. Se buscaban ambos con una premura en la que él ponía un deseo violento y ella se refugiaba en un olvido breve y sedante. Las primeras veces resultó aquel sexo tan instintivo que, de algún modo, no parecía por ello apenas engaño. Tal vez aquella improvisación, tal vez las prisas que los asemejaban a los animales en su desprecio por los preliminares, tal vez la renuncia casi absoluta a las palabras, su trueque por los ruidos impúdicos de las cópulas, tal vez todo ello, ese conjunto de señas propias de los arrebatos, saciara su deseo a escondidas, clandestina y por tanto culpablemente, sí, pero también por esa misma razón sin el cálculo frío de lo que se premedita.

A Conrado se le sabía costumbre en esas relaciones esporádicas, de combustión rápida y sin restos luego de cenizas, aventadas por quien abre puertas y ventanas para airear de cualquier miasma su casa, procurando que no se fijase entre las cosas más que el desorden de una soltería despreocupada y

sin ataduras. Aparentemente, no había por tanto entre Alina y él más que una casual conjunción de intereses. La pretensión por él de gozar de un hermoso y codiciable cuerpo de mujer; y el más complejo impulso que en ella quizás tuviera que ver con la absoluta falta de expectativas, con la supervivencia o, simplemente, con la necesidad de abrazar y dejarse abrazar por un hombre fuerte y todavía joven. Con la recuperación de ciertas sensaciones aletargadas.

Y sin embargo todo cambió de repente. Los ejes sobre los que giran las esferas son casi siempre imaginarios. Pero aun así, unas palabras pueden doblegarlos como una ráfaga de viento a las veletas. Que un día Conrado la invitara a comer después del posado en la facultad, que la tomara de la mano en el restaurante por vez primera en medio de la gente y que luego se la llevara hasta casa y se acostaran juntos en una entrega lenta y desconocida, humanizó su engaño, que dejó de ser desde ese momento un ansia para transformarse en una vida paralela.

## XI

Pasaron algunos días antes de que Héctor y Eusebio volvieran a encontrarse. Rumiaba el pintor la escena que tanto lo encorajinara en la galería, acertando a comprender en los escasos ratos de lucidez en que se mantenía sobrio o no lo ganaba la rabia, que su enfado no se debía tanto a lo que se le propusiera, como a que su mejor amigo se hubiera visto abocado a proponérselo. Estaba convencido de que a Eusebio le había costado plantearle aquel engaño, pero que no había atisbado ninguna otra solución razonable. Que tenía entre los fondos de su galería la obra sin salida de un amigo empeñado en una ruina que le dolía y de la que no sabía cómo ayudarle a salir.

Mi pequeño perro de Goya. A veces la llamaba así. Amaba la cabeza minúscula de ese can que nadie llegó a saber nunca si finalmente sobrevivió o se dejó engullir por la oscura pendiente en que se debatía. Después de una de la primeras veces en que hicieron el amor, él se quedó mirándola fijamente y feliz. Ella quiso saber qué pensaba. Héctor le dijo sólo: “Hoy estoy convencido de que al perro de Goya no se lo tragó la tierra”. Se acordó de la escena mientras pintaba. Mientras ensombrecía aún más un paisaje que no lo parecía, que era como la memoria de un insignificante animal rudimentario, el territorio escaso de una vida breve, de una mirada baja. Los pies de un árbol.

La hierba que lo ceñía. El musgo que lo trepaba. Se acordó de la escena porque era incapaz de quitarse la angustia de la pesadilla que lo había despertado en la madrugada. En ella, a un hombre enjuto y cabizbajo que fumaba mientras avanzaba de noche por la estrecha calle de una ciudad poco iluminada, le salía al paso un perro rabioso que primero le ladraba desde las sombras y que luego se le abalanzaba con una saña cruel. El hombre era A. M. Tränkler. Caminaba con una sobriedad subyugante. Ajeno a los ladridos. Con paso seguro. Dejando tras de sí una voluta de humo que parecía en la oscuridad un grácil jirón de niebla. El perro que lo acechaba, por fin entero, extendido hasta el rabo, levantado sobre sus extremidades, pequeño, fibroso y violento, era el perro de Goya. Un perro que terminaba de pronto con la dignidad de un retrato perfecto.

## XII

Desearon durante los meses tórridos que el otoño llegase cuanto antes. Que una andanada fresca y húmeda de aire otoñal circulase por las estancias de la casa abrasada en el calor estival por tan largo tiempo. Estaban impacientes por abrir los balcones de par en par al frío. A la lluvia. Por aventar la fermentación de lo estancado. En Madrid los estíos inclementes levantan un vapor de alquitrán en las calles, empapan de sudor caliente los pliegues de las pieles, espesan hasta el grumo la saliva. Fue un verano malditamente eterno que pareció ir socavando a su paso demasiadas cosas.

Con la nueva estación, Alina permanecía cada vez menos tiempo en casa durante el día. Se disculpaba con los trabajos ocasionales que la llevaban a distintos lugares de la ciudad. Aquel distanciamiento le resultaba tortuoso a Héctor. La soledad le asfixiaba. No soportaba permanecer tantas horas en casa a solas. Pensar en Alina desnuda sobre un sofá raído y observada, pintada y deseada por una pequeña muchedumbre de ojos lo estaba volviendo loco. Hasta el punto de que una vez que las copas le ablandaban los principios, empezaba a serle recurrente el pensamiento de una balanza. Sobre uno de los platillos depositaba la mejor versión de Alina, hermosa y alegre como cuando se habían conocido. Sobre el otro, gravitaba una espesa porción de gas, una nube que no era otra cosa que su propia

alma, carcomida de celos, de remordimientos, de temores, de dudas, de tentaciones. A un lado la posibilidad de conservar a Alina, incluso el espejismo de un Alina dichosa. Del otro, ese pozo al que se asomaba cuando se miraba dentro, donde encontraban los pinceles las sombras de los lienzos.

Qué otra emoción sino el amor inclina todas las balanzas. Qué otro miedo sino el de la soledad espanta cualquier nube. Para que Alina pesase más que todos sus principios, y eso era lo que realmente deseaba, debía limpiar los cielos cubiertos. Pintar como cuando fue joven y la única ambición que guiaba sus pinceles era la de labrarse pronto fama y reconocimiento. Era la de confirmar por boca de los otros que no había errado eligiendo la pintura como profesión. Para recuperar a Alina debía pintar mintiendo. Condenando, tal vez, su alma. Pero salvando el resto de su vida.

Transcurrieron un par de semanas desde el incidente en la galería, antes de que llamase a Eusebio. Quedaron en verse unas horas después. Se miraron poco a los ojos. Hablaron mientras movían las cucharillas en sus cafés. Ordenando una y otra vez las escasas cosas que tenían a mano: una taza, un cenicero y unos sobrecitos de azúcar boqueantes como peces recién pescados.

—He estado pensando en lo que me propusiste —dijo Héctor fijando la vista en las vetas del mármol de la mesa—. Mejor debería decir que he estado amargándome la existencia al pensar en Alina desnudándose para mantenerme. Creo que aun es más indigno ser un mantenido que engañar a un marchante avaricioso con unos cuadros falsamente antiguos.

—Piénsalo de este modo —le dijo Héctor buscándole,

ahora sí, la mirada a su amigo, ayudándole en las justificaciones—: no estarás haciendo nada que contradiga tu trayectoria artística. Esos cuadros serán un resto casi olvidado de tus inicios. Como otros muchos que andan rodando por ahí. Así empezaste. Qué mal hay en poner en circulación obra guardada para darle capricho a algún coleccionista.

—No intentes convencerme de lo que sólo hago, con vergüenza, por vergüenza. Me pondré a ello y punto. Dentro de dos o tres semanas te entregaré las malditas pinturas.

Se despidieron en la puerta del local con una cordialidad casi recobrada. Héctor enfiló la calle Prado. Su amigo se detuvo para observarlo en la distancia. Experimentó una suerte de conmiseración amarga. La que provoca la derrota o la enfermedad en quienes queremos. Ese abandono del que nos sentimos en parte responsables. Lo encontraba viejo. Se lo había comido el tiempo en los últimos meses. Tanto que, de pronto, viéndolo empequeñecerse mientras se alejaba, sintió la certeza dolorosa de que también la muerte podría tragárselo demasiado pronto. Estaba seguro de que entonces los buitres del mundo del arte levantarían por los aires las vísceras del viejo pintor. Que aquellos cuadros sombríos y repudiados, en los que se había dejado la vista en los últimos años, se revalorizarían como por ensalmo, disputados repentinamente como rarezas anacrónicas y prestigiados por la circunstancia cruel de que su autor hubiera fallecido en el olvido y la ruina. Así era el mercado de la pintura. Así su rapiña carroñera.

### XIII

En los días inmediatamente siguientes, no significó mucho la dolorosa decisión que Héctor había adoptado. Retiró del caballete lo que venía ocupando sus horas de taller desde hacía más de un mes y se aplicó con una determinación finalmente resignada a los cuatro cuadros que se había propuesto fingir. Recuperó un par de catálogos de sus primeras exposiciones y pintó de acuerdo a las pautas de entonces. Aplicándose en la simulación. Ejecutó esa tarea vergonzante en la soledad y retiro de su estudio. Un cuarto al que sólo él accedía y donde le empezaron a quemar las ganas de terminar pronto con aquella farsa, la comezón de lo que Alina podría pensar sobre tan turbio comercio y el deseo de cobrar el trabajo para liberar enseguida a su mujer de los desnudos indignos, para olvidarse de su alma en almoneda, de la vejez, del amor erosionado y, sobre todo, de su rendición.

Con el fin de cumplir con el encargo, aplicaría un calco imaginario sobre los lienzos, procedería a la amarga clonación de lo que fue y ya no era. Así comenzó a hacerlo en silencio, casi clandestinamente, encerrado más por pudor que por celo en la tarea. Nada sospechaba Alina, que arrastraba consigo otra indignidad, muy distinta a la de Héctor. La del pintor era íntima, solitaria y propia. La de la amante clandestina era, en cambio, una indignidad compartida que además, para mayor

culpa, le procuraba la fugaz ebriedad del gozo.

Aunque siempre es doloroso mentir por piedad, alivia al menos saberse dueño de la inocencia que se pretende proteger. Alina había dejado de posar. Conrado se lo pidió una tarde en su casa, mientras ella permanecía arrebujada de lado entre las sábanas, con la mirada perdida en la pared, y él contemplaba a través de la ventana los jardines que tenía en frente y de los que no estaba viendo sino una sucesión pixelada de verdes: la abstracta textura que tiñe unos ojos que miran sin ver.

—Quiero que dejes de posar.

Alina no se movió, como si aguardara la traducción simultánea de aquel deseo que se le antojaba inicialmente incomprensible.

—No quiero que vuelvas nunca más a desnudarte en la facultad ni en ninguna academia de mala muerte —Conrado seguía hablándole al cristal—. Me han ofrecido trabajo en mi tierra, en Mallorca. Desde que lo he sabido, sólo pienso en irme allí. Y en llevarte conmigo. Tengo una vieja casa familiar en Selva. Es un buen sitio para emprender juntos una vida nueva.

Seguían sin mirarse. De espaldas. Conrado aguardaba a que ella dijese algo. A Alina no le salió la voz, pero se le llenaron de sal los ojos. Pensaba ya no en una vida paralela, sino distinta y lejana. Y esa distancia se le antojaba tan liberadora como cruel.

No volvió desde ese día a los posados, pero no podía decírselo a su marido. Continuó llegando tarde. Su humor era difícil, voluble. Por lo general estaba esquiva, pero sin que mediase nada que aparentemente tuviera la capacidad de cambiar su ánimo, le sonreía inesperadamente a Héctor o le revolvía el cabello con una carantoña súbita.

En el remordimiento es imposible la alegría, la risa siempre es una mueca, el afecto un paliativo que apenas si brinda un escaso respiro de paz. Héctor confiaba en que su remordimiento de pintor espurio fuese sólo una condena breve que a buen seguro le dejaría un rastro íntimo de antecedentes, pero que, a cambio, le ofrecía esperanza.

Alina sufría un remordimiento peor, un remordimiento al que estaba a punto, además, de añadirle la culpa de la distancia, de la huida, y para el que no se aventuraba más curación que el tiempo, un infinito y culpable tiempo.

## XIV

Un furgón de mensajería urgente fue a buscar los cuadros. El trayecto era corto, pero aún así el tipo que se los llevó preguntó si no era mejor empaquetarlos. Por respuesta sólo obtuvo del viejo un “no merece la pena”. Se fue con la carga escaleras abajo. Un par de ellos primero. Luego los dos restantes. Los forró por si acaso con unas mantas. Apenas diez minutos más tarde los dejaba en la galería. Eusebio estaba impaciente. Firmó el recibo de entrega sin apartar la vista de los lienzos. Eran perfectamente verosímiles. Y todos venían datados treinta años atrás. Hasta los bastidores parecían antiguos. Aguardó a estar menos inquieto, a que el pulso se le relajara —nunca se había implicado en algo así, turbio, ilícito—. Por la tarde llamó a un par de intermediarios a los que sabía que les interesaría la compra. Quedó citado con ellos al día siguiente. A horas distintas. Quería que pujaran por separado por aquellas reliquias del expresionismo geométrico de Héctor. Les explicó que el pintor andaba en horas bajas. Que necesitaba obtener urgentemente liquidez y que por eso había recurrido a deshacerse de unas obras que, por serle especialmente queridas, había guardado en su casa durante muchos años. Con lo que ofrecieron, a Eusebio le pareció que su amigo tendría un buen sostén económico durante unos cuantos años. Así que cerró el trato pronto, no sin apretarles las tuercas todo lo posible a

los compradores.

Conrado no quería apurarla. Sabía que su proposición la había vuelto frágil. Así que no volvió a hablarle de irse a vivir juntos a la isla hasta que intuyó que si bien Alina deseaba acompañarlo, la paralizaba el dolor de abandonar a Héctor Bueres. Puso entonces él en la descripción de lo que ocurría la misma crudeza que en ocasiones ponen los médicos cuando comunican el diagnóstico de un mal que sólo si se enfrenta con abnegación suficiente deja de ser fatal.

—No puedes sacrificar el resto de tu vida por piedad hacia un viejo borracho que se pasa los días encerrado pintando sombras.

Ella replicó esas palabras sólo con la mirada. Con una mirada desafiante y a la vez triste. Una mirada que duró escasamente unos segundos, pero que a Conrado se le antojó demasiado larga como para sostenerla. Desde que la había tomado por primera vez en el vestidor de la facultad, acuciado por el deseo y desarmado después por el temor de que su atrevimiento lo condenase a perderla para siempre, no había vuelto a sentir la misma angustia, la de saber tan cierto como delicado su amor hacia una mujer a menudo demasiado callada, casi ajena, a la que no acababa de sentir definitivamente suya. Alina se fue sin decir palabra.

Era ya casi de noche. Al llegar a casa, oyó que Héctor trajinaba en la cocina. Había puesto mantel, platos y copas en la mesa del salón. Y hasta un pequeño búcaro con flores.

—¿Sorprendida? —preguntó con una jovialidad inesperadamente recuperada.

—Pues sí. ¿Qué celebramos?

—Que desde hoy no volverás a trabajar.

A Alina se le escapó un gesto casi imperceptible de sarcasmo. Los dos hombres con quienes compartía su vida estaban ansiosos por retirarla de la vida laboral. Como si posar fuera una suerte menor de pupilaje. Como si los dos no la hubieran conocido posando.

—¿Te ha tocado la lotería? —acertó entonces a preguntar Alina.

—Casi —Héctor extrajo del bolsillo de la camisa un cheque y se lo acercó a los ojos.

—Bonita cifra.

—He vendido cuatro cuadros de golpe.

La imprevista noticia la llenó de una alegría sincera pero que enseguida supo era irremediamente tardía. Un antídoto aplicado con mortal retraso cuando ya fluye irrefrenable el veneno por la corriente sanguínea. Creía en su pintura. Muchas veces había intentado, incluso, convencer a Eusebio de que sólo era una cuestión de tiempo que de nuevo el mundillo de la crítica pictórica volviese a reconocer el talento de Héctor. Y ahora que los acontecimientos venían a darle la razón, que por fin había vuelto a vender sus cuadros, no sentía descanso ni paz, tan sólo un alivio ajeno por él, una felicidad sincera pero distanciada sobre la que se proyectaba, como el velo repentino de una nube sobre la luz del sol, la vida que llevaba con Conrado, la imperiosa necesidad de ponerle fin a la mentira o de convertirla en verdad.

—Me alegro mucho. Por fin vuelves al circuito.

—Sí, eso es. Vuelvo al circuito —asintió camino de la cocina con lo que a ella se le antojó una rara tristeza en la voz—. Vete sentándote y descorcha el vino. Llevo ahora mismo la cena.

## XIV

Finalmente, en el transcurso de la inesperada velada nocturna que festejó los cuadros vendidos, Héctor terminó por contarle toda la verdad sobre la proposición de Eusebio y su resignada conformidad final. Era demasiado peso para llevarlo solo. Demasiada mentira para con quien amaba. Tras escuchar la confesión, reparó ella en el ritmo distinto, sincopado, con que se descubrió respirando de pronto. La melancolía es la certeza íntima de que algo nuestro ha dejado irremediablemente de serlo. A veces sus síntomas recuerdan vagamente ciertas enfermedades pulmonares. Dolor de pecho, falta de aire, angustia. A Héctor, ante los únicos ojos cuya mirada le importaba algo, los de Alina y los suyos propios, lo único que lo sostenía era la decencia. Puede parecer una afirmación demasiado altisonante. No es ajeno el narrador al riesgo de ciertas hipérboles: muchos asertos se columpian entre lo noble y lo grotesco. Pero qué mantenía de pie a un hombre tan golpeado sino la voluntad de seguir pintando como deseaba y de seguir queriendo con ilusión. Era, sin duda, una ejemplar suerte de decencia. Si ni eso era posible, si no podía pintar y vivir con el corazón entre las manos, aquel cuerpo terminaría por precipitarse al suelo como la sábana abandonada de un fantasma. Inerte y arrugada. Esa era la pérdida que le dolió a Alina. Ese fue el motivo de su melancolía. Temer la irremediable evanescencia de quien unos meses atrás todavía yacía a su lado, de quien le diera placer,

de quien la había hecho reír y le había provocado ternura. Perderlo. Haberlo perdido ya quizás.

Esa noche hicieron el amor por última vez. Sabiéndolo Alina, puso un celo piadoso en las caricias. Desconociéndolo Héctor, extrajo de su maltrecha anatomía una pulsión esforzada, una casi imposible armonía entre vigor y deseo que lo transía de incertidumbre, de dudas sobre en cuántas ocasiones más encontraría las energías suficientes.

Cuando Alina dejó la casa, él dormía con una placidez que ya no le recordaba. Echó en la maleta lo más preciso. Bajo la luz de una lamparita de mesa, escribió en el salón unos renglones cuya redacción la demoró mucho más que cualquiera otra de las cosas que hubo de hacer antes de irse. Unos renglones en los que pensó durante el desvelo que la mantuvo dolorosamente despierta después de que Héctor conciliase el sueño. Un par de horas repletas de imágenes superpuestas, de pensamientos tan atolondrados como estériles, de sensaciones urgentes que a duras penas podía embridar tendida como estaba en la inmovilidad de un lecho compartido. Unos renglones en los que quería decirle que fue feliz y que ya no lo era, que le tuvo amor y le tenía ahora tan sólo querencia, que no podía seguir mintiéndole. Unos renglones en los que le pedía perdón y, por encima de todo, en los que le suplicaba que no continuara haciéndose daño.

Llamó a Conrado. Se citaron frente al Ateneo. Eran casi las cuatro de la madrugada. Alina habló con Eusebio por la mañana para explicarle lo que estaba sucediendo, para rogarle que cuidara de Héctor. Un par de días después volaba hacia su nueva casa en Mallorca.

## XV

Eusebio se acercó a ver a su amigo al cerrar la galería. Se lo encontró sentado a oscuras en un sillón que miraba hacia los balcones. Sobre la mesa quedaban los platos sucios y las copas usadas de la cena. Las flores. Las migas sobre el mantel. Algo de vino tinto en el fondo de una botella. Se sentó cerca. Bebieron juntos.

—Si cuando me propusiste vender esos malditos cuadros hubiera sabido que esto iba a pasar nunca los hubiera pintado —dijo más con resignación que por reproche.

—Olvidalo ya, Héctor, y sigue con lo que tuvieras sobre el caballete antes. Ella siempre creyó en esos puñeteros claroscuros tuyos. Quizás tuviera razón. Quién sabe si cualquier día de estos un crítico chalado te devuelve a los altares. En cualquier caso, necesitabas dinero. Con ella o sin ella, necesitabas dinero.

—En eso no te equivocas. Emborracharse no sale gratis. Y te juro que voy a beber hasta perder el sentido.

Fue a verlo a diario. A recogerlo del suelo muchas tardes. A echarlo en la cama al anochecer. Aquella rutina se prolongó durante unas semanas. Hasta que una tarde lo encontró inesperadamente sobrio. Incluso le pidió que lo acompañara hasta el Thyssen porque se encontraba tan débil que le parecía que no podría llegar sólo a ningún sitio. Se había duchado.

Se había afeitado. Se había vestido con ropas limpias. Fueron juntos paseando despacio. Hablaron poco. Lo dejó a la entrada. Quedó en ir recogerlo un par de horas más tarde al mismo lugar. Héctor Bueres se pasó casi todo ese tiempo frente al retrato de A. M. Tränkler. Esta vez el guarda de seguridad lo vio hablar con el cuadro, aunque sin saber, sin adivinar siquiera, lo que le decía. Eran, en realidad, un par de frases simples. Un resumen certero y cruel de su estado. “Estoy jodido, amigo. Solo y bien jodido”.

## XVI

Quién sabe por qué siempre he supuesto a Alina arras-trando desde su país lo que intuyo pudo ser una antigua y nefasta experiencia, un mal recuerdo jamás desvelado y que se le había posado dentro, invisible a las miradas ajenas como un órgano vital, como una glándula de miedo que le menguara el coraje, como una víscera que la obligase a depender siempre del amparo ajeno, que la predispusiera al recelo de cuanto bueno le sucedía, enfermándola, en los escasos momentos de dicha alcanzados, de una paradójica nostalgia del presente. Pues bien, sobre todo eso se añadía ahora otra herida profunda y todavía tierna. La de los años compartidos con Héctor.

Si Alina apareciese en el futuro en otra narración, si se precisase en el transcurso de otra historia de esa manera suya de viajar desde otro mundo con un misterio a cuestas, de despertar con su belleza, sus silencios y su quietud de modelo antigua el amor de los hombres y el pulso de una escritura, si Alina resucitara siendo ella misma o encarnándose en otra mujer sólo aparentemente distinta, quizás no fuese capaz de recordar exactamente ni lo que de ella ahora ignoramos ni tan siquiera el desgarró de abandonar a Héctor habiéndolo enga-ñado antes, huyendo en la noche de la casa de ambos después de haber yacido juntos de la manera más humillante en que se consiente el amor: por pura pena. Si Alina volviera algún

día, ocultaría en su interior un par de cicatrices superpuestas a la altura del pecho, por lo que tendría sumo cuidado en que nada, un brusco movimiento o una desdicha afilada, la abriera en dos por ellas nuevamente. Ese celo le quisiera poner a Alina si me la encuentro de nuevo, aunque mucho me temo que para entonces, y del mismo modo que ahora, desconocería, desconoceríamos, el porqué de sus prevenciones y sólo se le apreciaría el desconfiado proceder de un personaje en perpetuo recelo.

## XVII

Cuando paseaban por el viejo camino que allí le decían de La Judía —por ser la senda preferida de una refugiada proveniente de Austria que vivió en el pueblo hasta su muerte—, Conrado solía hacerle notar a Alina la belleza de cuanto veían. Con una insistencia que parecía innecesaria, pues el esplendor del paisaje, la cambiante luz que desde lo alto cernía el perfil de la costa, la diaria maravilla de las permanentes transformaciones en la vegetación y los cultivos, no precisaban de apostilla alguna para hacerse notar, bendecían graciosamente la existencia a través de los ojos y sin palabras añadidas. Curaban. Pero aún así se empeñaba él en subrayarlo todo por evidenciarlo más, por recordarle que la vida podía empezar de nuevo a cada instante, que cualquiera de los prodigios con que la isla los obsequiaba era suficiente conjuro para los males del alma.

Mantén esa porfía curiosamente en aquella senda por donde los vecinos del lugar vieron durante años caminar a Sara Meyer, quien creyó allí en la resurrección de la vida después del holocausto mientras miraba hacia el mar en los atardeceres cárdenos con ojos húmedos de alegría y de rabia, pues se sabía envejeciendo en el paraíso sin que el paso del tiempo la hubiera librado de la oscura memoria.

A esa altura de la vida, los pasos de Alina imprimían sobre la tierra un peso muy parecido al que posiblemente im-

primieron los de La Judía. Nunca se afirmaban del todo en el suelo para tragarse decididamente el paisaje como si fuera una bocanada de aire perfecto, sino que dejaban tras de sí la escasa medida de una huella que pasaba con un sigilo impropio de quien se sabe seguro, en casa y casi feliz.

## XVIII

Eusebio dejó de vigilar de cerca a su amigo cuando supo que había vuelto a pintar. Apenas salía. Comía tan poco como un gorrión. Y muchos días bebía hasta quedarse tirado por cualquier rincón de la casa. Había contratado a una señora que le iba a hacer tres días a la semana las tareas del hogar. A cocinarle algo de comida que dejaba en la nevera y que en no pocas ocasiones ni llegaba a probar. Pero, al menos, había vuelto a pintar. La situación, por tanto, no era sino una especie de ruina controlada. El desmoronamiento paulatino e insalvable de un hombre. Esa pátina veneciana de declive literario era mucho más soportable que la fulminante alternativa de las demoliciones controladas. Que el bonzo, el disparo, la soga, el tóxico o el colapso precipitado de la ebriedad suicida. Pero las ruinas en ocasiones ignoran la importancia del tiempo en las biografías pretendidamente noveladas. Su impaciencia acorta lo que debería demorarse y, demasiado a menudo, las ruinas terminan por soportar mal las agonías lentas.

A Eusebio lo llamó una mañana la asistente de Héctor para urgirle a que fuese cuanto antes hasta la casa de su amigo. Antes había llamado a los servicios de urgencia. Ya estaba en camino una ambulancia. Aunque ella estaba convencida de que nada se podía hacer, de que aquel cuerpo desmadejado

era el cuerpo de un muerto. En otras ocasiones se lo había encontrado durmiendo la borrachera sobre el sofá o incluso en el suelo. Pero esta vez estaba tirado en su estudio. Tieso y frío. Sin aliento.

## XIX

A media tarde, cuando Eusebio volvió del tanatorio para buscar papeles y ordenar las cosas de su amigo, entró en el cuarto de pintura y vio sobre el caballete un cuadro que no le conocía. Un cuadro perfectamente acabado. O eso parecía al menos. Aunque con Héctor nunca pudiera afirmarse que algo de lo que pintaba estuviera concluido del todo. Retocaba una y otra vez sus lienzos en un afán de perfección casi enfermizo. El cuadro con el que se encontró era un autorretrato. Pero en él no se representaba cómo había sido Héctor en el pasado próximo ni como terminó siendo en los días perros del abandono, vertiginosamente avejentado. Más bien se le antojó a Eusebio que el Héctor retratado era una representación íntima de cómo se veía él mismo por dentro. De cómo se intuía, quizás. O de cómo se imaginaba que sería tan sólo unos meses o unos años después. El óleo había precipitado la vida, se había adelantado a sus secuelas. Y para ello, Eusebio comprendió enseguida que su amigo había tomado como modelo el retrato que pintara Albert Henrich de A. M. Tränkler. Nunca supo bien por qué a Héctor le seducía tanto aquel óleo expresionista del Thyssen. Él, por el contrario, lo encontraba demasiado simple y sombrío: ocultaba el rasgo más característico de todo rostro, la mirada. Además, la rigidez con que se perfilaba el personaje le otorgaba un envaramiento algo grotesco, una impresión muy distinta

a la que parecía pretender la gravedad e introspección de los colores empleados y de la elegante pose del modelo. Incluso la relación entre cabeza y tronco se le antojaba desproporcionada. Y sin embargo, Héctor se había pintado a si mismo en la fiel reproducción del cuadro de Henrich. Un poco al estilo de esos paneles que en muchas plazas turísticas reproducen las figuras de personajes históricos o de parejas vestidas con los trajes regionales del lugar y que dejan abierto un óvalo a la altura de la cabeza para que se tapone con el rostro sonriente del fotografiado. El óvalo de A. M. Tränkler estaba pintado con el rostro de Héctor. De un Héctor desconocido. Más viejo aún que su cadáver. Ralos y amarillentos sus cabellos canosos. Transparente casi la epidermis, como un velo rigurosamente perfecto y ligero, como una máscara cuarteada de gasa en la que se hubiera impreso lo que más pronto que tarde habrían de modelar los años. Y por debajo, casi al ras de esa superficie delicada, la transparencia emergente del detalle de una calavera. Era, pensó Eusebio, como el reverso del retrato de Dorian Grey. La proyección de la carcoma que habita en todo hombre. Un cuadro técnicamente magistral. Pero un óleo que por encima de todo resultaba sobrecogedor para quien conocía a Héctor, para quien sabía cómo habían sido sus últimos meses. Además del rostro, sólo dos detalles distinguían el autorretrato del original. En el bolso de la chaqueta asomaba el extremo de un talón bancario que sustituía a la estilográfica que portaba Tränkler en la pintura de Henrich. Podía leerse el importe anotado en el cheque. Era el mismo que le habían pagado por los cuadros fingidos. Y en el ángulo superior derecho, diluido entre las sombras —siempre las sombras—, se adivinaba, no sin esfuerzo, lo que parecía una carta de renglones manuscritos

apoyada en el cristal de un jarrón que contenía flores marchitas. Sólo se distinguía la firma. Decía: Alina.

## XX

No quiso que Conrado la acompañase a Madrid. Llegó poco antes de la incineración. Compartió con Eusebio un banco en la primera fila. Iba vestida de negro. Más que triste o culpable, se sentía vacía. En la despedida estuvieron unas veinte personas. A Héctor no lo quedaba familia. Su vida apartada no era la más propicia para el cultivo de la amistad. Y en los círculos pictóricos hacía tiempo que le habían casi olvidado. Eusebio leyó emocionado un poema de Andrade. “No volverá —lo que de él me quedó / es, como en el invierno entre cortinas / de lluvia, un tímido hilo de sol: / ilumina, pero no calienta las manos.” Luego sonó una grabación bellísima de Victoria de los Ángeles cantando el lamento de Galatea en la ópera de Häendel que tantas veces podía escucharse en el estudio de la calle Ventura de la Vega. Finalmente, con sigilo helador, se abrió la trampilla por la que descendió lentamente el ataúd hacia los almacenes del infierno, como si se tratara de una mercancía preciosa, de una delicada osamenta de Bohemia. En el silencio absoluto de ese instante, a Eusebio se le escapó un llanto casi infantil, una tristeza de dolor nocturno. Alina pensó en los acantilados de la isla. El atardecer les limaba las aristas. Como si a un león bastase con cortarle las uñas para amansarlo. Aunque no podía oírlo, sabía que bajo sus pies ardía un horno. Que sus llamas tenían también un color de crepúsculo. Que quizás empezaban también a limarle las garras al tiempo.

## XXI

La primavera en Selva se cuelga de los almendros. Crece en sus ramas. Vuela desde ellas como un polen luminoso. Lo llena todo. Lo perfuma todo. Conrado había estado pintando mucho en el invierno. Le habían propuesto colgar una exposición en Palma durante el mes de julio. Tenía para la ocasión más de una veintena de paisajes y rincones del pueblo y de sus alrededores.

La mañana que Alina regresó de Madrid, después de asistir al sepelio de Héctor, se encontró todo aquel conjunto de obras recientes dispuesto en el cuarto donde Sómbox ultimaba los apuntes que iba tomando del natural. La casa estaba sola. Él andaba en sus clases. No volvería hasta la noche. Alina se paseó entre los lienzos. Se detuvo instintivamente frente a una masía del pueblo que conocía bien. Junto a la que paseaba casi a diario. Conrado había adornado sus austeras paredes de piedra ocre con una frondosa buganvilla rosada. Advirtió entonces que en todos los cuadros se habían incorporado añadidos parecidos: un trazo de color que avivaba lo sobrio, un emplaste de óleo que cicatrizaba grietas, una luz cálida en cualquiera de los cielos. Todo muy distinto a lo que ella aún traía en la retina grabado a sangre: el autorretrato de Héctor Bueres, la tensa pulsión de su calavera presionando un rostro tan etéreo que era poco más que gasa, el trazo casi invisible

de unas flores abandonadas, la pústula infectada de un cheque bancario, la culpa habitándolo y desahuciándolo al tiempo la vida que le restaba. Veía en ese cuadro memorizado un reflejo insalvable que eclipsaba las pinturas de Sómbix. Quizás por eso se sentía incapaz de confortarse en la observación de los rincones que en ellas se esbozaban y que ya eran desde hacía unos meses atrás su pequeño y recóndito mundo. Esos lienzos se le antojaban tan falsos como fotografías retocadas, tan ingravidos como decorados de cartón que tuvieran por reverso el vacío. En nada se parecían a las pinturas de Héctor, que se te agarraban al estómago como las obsesiones. Que eran obsesiones. Y ante las que, por tanto, cualquier intento por arrinconarlas, por olvidarlas en la consigna de una estación, por arrojarlas precipicio abajo, por despreciarlas, por fingir que se nos habían borrado de la memoria, cualquier intento por poner con ellas tierra de por medio, siempre sería un intento en vano.

Era primavera en Selva, lucía un sol tibio, los árboles estaban en flor y los payeses tenían la certeza de que sus campos anunciaban, en el perfume y la textura de la tierra, la promesa de un verano clemente.



## TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

1. *El breve verano de Nefertiti*. Hiber Conteris..... 1994
2. *El viaje*. Pura Azorín Zafrilla ..... 1995
3. *Gato por liebre*. Eduardo García Pérez ..... 1996
4. *La tercera vez*. Pilar Bellver..... 1997
5. *El farero de Sheringham*. Óscar Montero ..... 1998
6. *La noche de Gulliver*. Elena Alemany ..... 1999
7. *La piel que te hice en el aire*. Rafael Marín ..... 2000
8. *Los mejores años*. Andrés Pérez Domínguez..... 2001
9. *El tren*. María Vila ..... 2002
10. *Viento divino*. F. Javier Pérez Fernández..... 2003
11. *Las fauces del diablo*. Francisco José Jurado ..... 2004
12. *El cornezuelo de cola azul*. José Antonio Palomares ..... 2005
13. *Lo que esconde el cuadro*. Beatriz Olivenza Bernardo..... 2006
14. *Las cifras mandan, Balboa*. José Antonio Palomares ..... 2007
15. *El fantasma de John Wayne*. Jaime Molina García ..... 2008
16. *La joven del estanque*. María Luisa del Romero ..... 2009
17. *La podredumbre y el mar*. Adolfo Muñoz Palancas ..... 2010
18. *Los hijos de las sombras*. Iban Munárriz Vega ..... 2011
19. *400 ASA*. Daniel Luna ..... 2013
20. *Kilómetro treinta*. Rafael Serrano Bello ..... 2014
21. *Corderos*. Ernesto Tubía ..... 2015
22. *Vísperas de nada*. José Carlos Díaz ..... 2016



Este libro se terminó de imprimir  
el 19 de Enero de 2017,  
en los talleres de Yeclagráfico.

